

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrado á la

VIRGEN MARIA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 604

Alicante 1.º de Julio de 1882.

Año XIII.

AL EXCMO. E ILMO.

Sr. D. D. Victoriano Guisasaola,

DIGNÍSIMO OBISPO DE ESTA DIÓCESIS.

EL SEMANARIO CATÓLICO ofrece el homenaje de su más profundo respeto, amor y veneracion hácia su sagrada persona, y de perfecta sumision á su episcopal autoridad; y eleva al cielo humildes plegarias á fin de que el Señor se digne conceder al nuevo Prelado cuantos dones y gracias le sean necesarias para regir y gobernar bien esta porcion de la grey del Pastor universal que le ha sido providencialmente confiada.

Asimismo enviamos á S. E. I. nuestros humildes plácemes por su feliz llegada y toma de posesion de esta su nueva diócesis, la cual á su vez se felicita y dá gracias al Todopoderoso, que se ha dignado encomendarla á la pastoral solicitud de un tan celoso y digno Prelado.

El recibimiento que Orihuela ha hecho al Prelado que acaba de tomar posesion de la silla episcopal de esta diócesis, ha sido de lo más fastuoso y solemne. *La Voz de Orihuela* ha consagrado un número entero á describirlo. El Prelado estará ciertamente satisfecho de su pueblo.

Hubiéramos tambien nosotros hablado de aquel acto con gran satisfaccion, de habernos sido posible.

Y sirva esto de contestacion por nuestra parte, al periódico orcelitano que se queja de que la prensa de Alicante no haya dicho una palabra sobre la triunfal entrada del Ilmo. Sr. Obispo en la Diócesis.

EL SEMANARIO CATÓLICO no ha podido hacerlo. Su director y único redactor ha estado ausente de esta capital.

Esta y no otra ha sido la causa del silencio que el SEMANARIO ha guardado sobre aquel acto, y bueno sería que *La Voz de Orihuela* lo hiciese constar así, para evitar torcidas interpretaciones de nuestro silencio.

FIESTA EN LAS CAPUCHINAS

DE ALICANTE.

Dia 25 de Junio ¡qué recuerdo se presentará siempre en este dia, para todos los amantes de la Santísima Virgen bajo la advocacion de Nuestra Señora del Sagrado Corazon!! Dia feliz podremos llamar nosotros que despues de haber asistido en los nueve anteriores á la solemnísimá novena que la Congregacion del Sagrado Corazon de Jesús, viene consagrando anualmente desde su establecimiento en esta ciudad y convento de Monjas Capuchinas.

Dia feliz, repito, podrá llamarse el décimo, dedicado á Nuestra Señora de las causas difíciles. De hijos ingratos hubiera sido el no consagrarle un solo dia.

Iniciado el pensamiento por el mismo P. Sacrest, que con su fácil elocuencia venia siendo el orador en todos los dias anteriores, fué con agrado admitida la idea, tanto por el digno director de la Congregacion ya mencionada, como por los devotos que desean propagar el culto de la Santísima Virgen. Acto continuo se llevó al efecto y sacando la imagen de Nuestra Señora, de su linda capilla, se le formó un elegante y sencillo altar á la derecha del de Jesús Sacramentado. ¿Y qué otro sitio mas digno para la madre? Desde allí parecia ostentar mas su her-

mosura, el bellissimo niño que sostiene sobre sus brazos parecia quererse desprender de ellos y con su tierna mirada venirse hácia nosotros indicándonos su corazon con su diminuta mano, como diciéndonos, venid aquí... aquí está la luz, aquí... está la vida y desprenderos de toda afeccion mundana que solo os trae lágrimas y sinsabores: ¿Qué corazon no se levantó hasta Él, en vista de tan tierna solicitud? de creer es que todos (aun cuando ingratemente no le cumplamos nuestra promesa) y esto se deduce por lo numerosísima que fué la comunión general, con la cual se dió principio á estos solemnes actos.

Antes de empezar, el P. Sacrest nos dirigió su dulce palabra desde el púlpito, y con fácil decir nos demostró una vez más la grandeza del acto y la recompensa que halla el alma cuando santamente cumple con lo que debe hácia su Hacedor.

A las diez hubo misa solemne con orquesta y por la tarde á las cinco dió principio la funcion, rezándose la coronita de la Santísima Virgen, concánticos acompañados de orquesta. Acto continuo se leyó una meditacion, se cantó la letania lauretana y luego ocupó la cátedra sagrada el Padre ya mencionado, que nos demostró las bellezas de la Santísima Virgen, de la manera sencilla y elegante que él sabe hacerlo, y yo no podria nunca explicar

Despues de las oraciones y la salve cantada, terminó la funcion dejándonos agradablemente impresionados y prometiéndonos el repetirla con el auxilio de Nuestra Santísima Madre, á quien le rogamos por el aumento de su Santa fé y en especial por aquellos de nuestros hermanos que pocas veces vemos en los Templos.

Una Católica.

APOSTOLADO DE LA MUJER

EN LAS

modernas sociedades cristianas.

(Continuacion.)

IV.

Nace una niña, y antes de que el tierno capullo se entreabra y perfume con sus encantos el jardin de la casa paterna, ya ejerce su mudo apostolado sobre el hombre, que dándola el ser, se elevó de repente á la dignidad altísima de padre. En el fondo, cosa idéntica acontece con el niño; pero sabido es que éstos influyen más poderosamente en el ánimo de las madres. No se olvide tampoco que los hijos son el complemento natural del matrimonio y que la familia perfecta se compone de esa trinidad augusta llamada *padre, madre é hijo*; y aunque es cierto que las influencias mágicas de toda la fa-

milia corrigen y santifican simultáneamente al hombre, que vive bajo su techo, también es verdad que cada persona utiliza á este fin recursos y atractivos diferentes. ¡Todo se necesita para la regeneración del hombre moderno!

Grandes lunares afean, indudablemente, vuestros encantos, y el ingenio menos agudo haría, sin trabajo, la caricatura del sexo débil; pero, cuando del sexo fuerte se trata, el ánimo se contrista y el porvenir se presenta negro y pavoroso, como nube preñada de tempestades. El hombre del presente siglo, hijo predilecto de la mal llamada civilización moderna vive sumergido en tan subida atmósfera de naturalismo irracional, que, con toda su ciencia y adelantos, haría un papel brillante en las pjaras de Epicuro. Su Dios es su vientre, y en él ha levantado un trono á todas las concupiscencias y sensualidades. Su fé, no pasa de la corteza de las cosas y aunque aparente lo contrario, en la vida práctica se atiene solo á lo que ve y toca. Coronémonos de flores, comamos y bebamos, que mañana moriremos; es el principio único, bordado en los pliegues de su bandera, la innoble divisa de su escudo. Tarea espinosa, pero no imposible, ha de ser por lo tanto la conversión de hombres tales, sin creencias, sin virtudes y dados en cuerpo y alma á la vida muelle y regalona. La voz de la reli-

gion difícilmente llega á su conciencia encallecida, porque abrigan prevenciones sistemáticas contra los ministros del Altísimo; la ciencia ortodoxa no penetra tampoco en sus entendimientos, enemigos de toda lucubración racional y enamorados de los hechos, con cuyas explicaciones, más ó menos oscuras é hipotéticas, se satisfacen; por último, la moral universal, única que practican, es tan elástica, que no se ofende aunque la amolden á los apetitos de la carne. Prescindiendo de la divina gracia, que por caminos secretos é imprevistos, desciende sobre los corazones y regenera las almas ¿quién convierte á estos desventurados? La familia y solo la familia. Tales hombres se casan (quizás porque los años con su elocuencia mudales advierten, que ha llegado el día de cambiar la vida azarosa del buey suelto por la quietud y comodidades del hogar) y estos hombres, que tal vez unieron su suerte á la de una mujer como resultado de una operación aritmética bien hecha, inopinadamente se encuentran con una hija, graciosa criatura que dá al traste con todas las previsiones y cálculos del egoismo.

¿Quién no ha visto los milagros que estos celestes misioneros operan en los corazones de sus mundanos padres? Desde luego el sentimiento de la paternidad, que como lluvia benéfica derrama el Señor sobre to-

do hombre que acaba de tener un hijo, ese sentimiento tan noble como grande, tan poderoso como dulce, que para explayarse no busca la soledad ni las sombras de la noche, encubridoras de tantas torpezas y maldades; se apodera del corazón del nuevo padre y como esta entraña es el regulador de toda la máquina, afecto tan apacible, modera y dulcifica las pasiones desapoderadas de aquel hombre, pone trabas en sus pies, pensamientos graves en su cabeza y los temores del porvenir en su escrutadora mirada. Nadie como él se burlaba de sus amigos, convertidos por obra y gracia del matrimonio en *padrazos* y hasta en *amas de cría*; pero vedle, apenas su hija empieza á hacer pinitos, manda que la engalanen y con ella de la mano y hasta en brazos, se presenta en los paseos más concurridos, haciendo de su feliz paternidad público y orgulloso alarde. Aquel predicador microscópico es el primero que, con sus gestos infantiles ó su media lengua, habla de Dios al autor de sus días. Y es que la madre tuvo buen cuidado de enseñar á su niña, antes de que supiesen hablar, á decir por señas, levantando el índice, bajándolo y describiendo con él rápida circunferencia, que Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar.

(Continuará.)

ADMIRABLE CONVERSION

DE UN POSITIVISTA.

Tuvo lugar hace pocas semanas, y refiere el corresponsal del Recife en el *Brazil Catholico* de Rio-Janeiro en la forma siguiente:

«A cosa de las dos de la tarde del día 17, hizo llamar al párroco de su feligresía una señora viuda muy distinguida y respetable, para confesar á su hijo, jóven de 26 años que estaba gravemente enfermo de una tisis pulmonal.

Este jóven era estudiante de la facultad de Derecho, y muy partidario de las doctrinas positivistas de Littré, Soencer, etc.

Nuestro jóven filósofo, aunque conocía que le quedaban pocos días de vida, no pensaba en el terrible ajuste de cuentas para reconciliarse con Dios.

A los que de tal cosa le hablaban, se les partía el corazón al oír las injurias, imprecaciones y blasfemias con que respondía á tan saludables consejos.

Tal era la situación de las cosas, cuando la madre del enfermo, después de haber orado mucho á Jesús y á María Santísima, decidió llamar al Párroco.

No se hizo este esperar, y saliendo al encuentro la noble señora, le describió su aflicción por el estado de su hijo, recomendándole al mismo tiempo gran celo, prudencia y caridad para salvar aquella alma que le era tan querida.

Al saber de lo que se trataba, tranquilizó el párroco á la pobre

madre, y se hizo anunciar como una visita.

Bastó que entrase en el cuarto del enfermo para que éste diese muestra de lo mucho que le incomodaba la presencia del Sacerdote, y le dijese:

—¿Qué desea Vd.? ¿A qué viene?

—Supe que estaba Vd. enfermo, y como es mi feligrés, he venido á visitarle,—respondió el párroco.

—Pero Vd. nunca me ha visto, y no me conoce,—replicó el enfermo; —si viene á confesarme pierde el tiempo. Puede Vd. marcharse.

—No era necesario conocerle ni haberle visto, para que yo viniese aquí, amigo mío. Soy el párroco, y acostumbro á ir á ver á los enfermos y consolarlos cuanto puedo. Este es el ministerio del Sacerdote católico, y no debe Vd. llevarlo á mal.

Aquí el infeliz jóven insultó desabridamente al Sacerdote, dirigiéndole las más groseras injurias y los más infames epítetos que cabe imaginar, repitiéndole á cada paso que se marchara.

El párroco le dejó decir cuanto quiso, y cuando parecía que el enfermo habia concluido, le preguntó con mansedumbre si ya estaba satisfecho.

—Todavía no,—vociferó; y aquellos lábios que la muerte iba á cerrar para siempre, abrasados de odio y furor, prorumpieron en sentimientos de ira y blasfemia contra todo lo que hay de más santo y más sagrado en los cielos y en la tierra.

Todo parecía perdido... Sin embargo, fuera de aquel cuarto, la madre del impío y sus piadosas hermanas elevaban, de sus corazones

doloridos, fervientes preces á Dios. El mismo Sacerdote estaba vivamente impresionado por lo que oía, y casi desanimado. Entre tanto, dentro de sí mismo, por todos aquellos insultos solo pedia á Dios la conversion de aquel pecador.

—Mire Vd.,—dijo el mozo,—cuando yo era chico, hasta la edad de 14 ó 15 años, me confesé muchas veces y llevaba al cuello, en un cordon, la medalla que llaman milagrosa. Luego conocí que todo eso era fanatismo, supersticion, ridiculeces; estudié, y preocupado con el progreso de la ciencia, ví que mi espíritu se entorpecería si continuaba del mismo modo. No me venga, pues, con esas ideas, y déjeme en paz.

—La paz es lo que vengo á traerle, recuerde la serenidad de su alma en aquel tiempo; qué feliz y tranquilo vivia al lado de su madre, lleno de beneficios del cielo. Hoy es imposible que goce de la misma ventura, de la misma calma, y que su conciencia esté tranquila como entonces.

Vamos, bien ve Vd. que no me ha ofendido nada de lo que ha dicho. Nuestro Señor está dispuesto á perdonar las ofensas que le ha dirigido. Hágame, al menos, un favor; recite conmigo aquella oracion que estaba grabada al rededor de la medalla.

—No la sé, no la recuerdo.

—Diga conmigo, es una oracion muy corta.

—¿Para qué decirla, si no creo?

—No importa; repita mis palabras...

Y el enfermo, con sonrisa incrédula y burlona, decia, siguiendo al Sacerdote:

—«María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos á Vos.»

—Es inútil,—continuó el infeliz mozo después de repetir aquellas palabras;—es inútil esperar que desista de mis intentos. No creo, y si creyese, consideraría que nada podía esperar, porque hace diez años que mi vida es un tejido de horrores.

Es todo lo contrario, dijo el párroco.—Si Vd. creyese, sabría que Dios perdona al que se arrepiente. Si, en efecto, ha cometido los errores que dice, piensa en que le inspiren una sincera contrición.

—Escuche Vd: ¿quiere saber lo que soy?—dijo el enfermo.—Y empezó á contar toda su vida al Sacerdote.

Este, aprovechándose de tan excelente oportunidad, le ayudaba cuanto podía para que de esa narracion resultase entera confesion. Luego que terminó, le dijo el párroco:

—Ya se ha confesado. Dispóngase ahora para que pueda recibir la absolucion.

—¿Cómo confesado? Le ruego que no me hable más del asunto.

—¡Ah! ¿Por qué resiste á la gracia de Dios?

—No sea Vd. obstinado: diga de nuevo conmigo aquella oracion; recemos juntos una Ave-María á Nuestra Señora. Quiere su bien, y le salvará.

El enfermo hizo señal de que quería descansar, y ambos quedaron en silencio.

A poco, el enfermo dormía, y el párroco velaba á su cabecera, recomendando fervorosamente aquella alma á Jesús y María.

Pasados tres cuartos de hora, poco más ó menos, el enfermo abrió desmesuradamente los ojos, fijólos en el Sacerdote, pasó la mano por la frente como queriendo recordar alguna cosa, y dijo:

—¿Qué sucede? ¿Quién habla conmigo? ¡He visto tantas cosas! ¿Dónde está el Sacerdote? Madre mia, enseñeme Vd. á rezar, quiero aprenderlo todo, quiero ser cristiano, quiero confesarme, voy á morir.

El Sacerdote se levantó, le hizo volver en sí, lo tranquilizó y procuró certificarse de la verdad de aquellas palabras.

—Perdon, señor Cura; perdóneme por el amor de Dios lo mal que le he tratado,—exclamó el enfermo.—Nuestra Señora ha venido á socorrerme: no sé que trasformacion es esta, pero ahora solo deseo llorar. Mucho he ofendido á mi Dios; quiero prepararme para bien morir. Diga, diga Vd. que me perdona.

—Si, hijo, te perdono. Recuerde sus pecados, arrepíentase de ellos y reciba con verdadero dolor de corazon la absolucion que voy á darle.

Y recitó con el enfermo el acto de contrición, y luego le absolvió.

¿Qué habia pasado en aquella alma? No lo sé. Pero adoremos la infinita Misericordia de Aquel á quien nunca se recurre en vano.

Con las lágrimas en los ojos se presentó delante del hijo enfermo la cariñosa madre, que no sabia como dar las debidas gracias á Dios por tan asombroso prodigio. El milagro habia sido completo.

A presencia de su familia, del Sacerdote y de otras personas, el jóven arrepentido *ex abundantia in cordis* hizo una magnífica profesion

de fé, retractándose de sus pasados errores, que enterneció á los circunstantes hasta hacerles derramar lágrimas.

Por fin él mismo pidió el Viático y la Extrema-Uncion. Eran las seis de la tarde del 17 cuando tuvo la ventura de recibir á Jesús sacramentado.

El dia 17, era viernes, y el párroco dejó para el domingo el administrar la Extrema-Uncion, sino ocurría algun peligro inmediato, dejando encargado que le avisasen, caso necesario.

El domingo, 19 de Setiembre de 1880, dia de los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, recibió el jóven convertido el Sacramento de la Extrema-Uncion con una tranquilidad y paz de espíritu, que á todos encantaba y edificaba. Así pasó tres dias más teniendo constantemente en las manos un rosario y una imagen de la Santísima Virgen y un Crucifijo á la cabecera de la cama.

En la tarde del dia 22, pronunciando los dulces nombres de Jesús y María, exhaló L. B. S. el último suspiro para descansar en el Señor.

Hé aquí una verdadera conversion, una milagrosa cura espiritual bien evidente, aunque disguste á los impíos que, cuando aparecen hechos de esta naturaleza, hacen pasar al moribundo, por idiota ó privado de razon; lo que no sucedería si les hubiera dado la satisfaccion de terminar sus días en este mundo como verdadero irracional.

En ese caso dirian que era un hombre ilustrado, un génio, un héroe. ¡Pobre gente! Roguemos por ella, que no saben lo que hacen ni lo que dicen.»

ERRATA.—En la poesia titulada: «24 de Junio,» inserta en nuestro número anterior, verso 76, se lee Hebrion; léase Hebron.

CULTOS RELIGIOSOS.

Hoy sábado, en la Colegial á las ocho, misa de la Virgen.

En Santa María á las nueve, misa de la Virgen.

En las Agustinas á las cuatro y media, la felicitacion sabatiná.

Domingo.—En la Colegial á las nueve y cuarto, misa conventual.

En Santa María á las nueve, misa mayor.

En las Capuchinas, la funcion mensual al Sagrado Corazon de Jesús. Por la mañana á las siete, comunion general de los asociados, y por la tarde á las cinco, los ejercicios de costumbre con exposicion del Santísimo.

A las diez de la mañana misa votiva cantada con sermon á cargo de D. José Juliá, Capellan de las religiosas Agustinas, en honor de la Purísima Concepcion.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete, misa de renovacion, y por la tarde á las cuatro y media, trisagio.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, n.º 5.